



Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo

IV CERTAMEN DE RELATO CORTO DE CIUDAD RODRIGO.

Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo 2024

Temática: *La Guerra de la Independencia en Ciudad Rodrigo*

PREMIO

Autor: Guillermo Ariza y López de Ceballos. El Álamo (Madrid).

EL MANUSCRITO PERDIDO DE WELLINGTON

La galería me envolvió con aromas de abandono y soledad mayestática. Todo nadaba en ese perfume que lloran las piedras cuando se saben custodios de lo que está por llegar, de lo que más asusta. Era aquel un laberinto líquido como mi miedo. Cien candiles definían con exactitud renacentista lo que restaba para alcanzar la Bóveda. Lamparillas de aceite –sabias- que a falta de clavos o alcayatas, reposaban en el piso largando un misterio de luces con forma de agujas mortecinas y naranjas. Destellos que encendían la bruma, esa humedad inmisericorde propia de lo que anda alejado del cielo y que trepaba las paredes del laberinto boqueando, suplicando un aire limpio, inexistente.

Allí estaba, sola.

En esa eternidad solapada con el infierno que comunicaba la de los Trastámara con la Catedral de Santa María. A la vera de las Brechas recién alumbradas...

El corredor infinito hedía a esa amalgama de azufre y desconsuelo que tornaba esos alfileres de luz ocre en negrura. La misma oscuridad que desde la niñez nos envuelve y tiñe los sueños de temor y desconfianza.

Más hubiera querido yo –entonces y ahora- que con sólo cerrar los ojos como infante, los fantasmas pasaran de largo. Muy presente estaba el miedo, pavor que supuraban estas catacumbas cosidas a mis tripas mientras aguardaban la crecida de aquella niebla falsa y arrogante.



Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo

Mi nombre es Lorenza aunque poco o nada importe. Aquí sigo buscando el final de este túnel para, si Dios quiere, encontrar el Paraíso de los Libros que dicen está unos metros por debajo del altar mayor de la Catedral. Quizá entonces encuentre el manuscrito que me ha traído a estas sombras y con mayor o menor fortuna me ayude exorcizar –o al menos entender- lo que llevamos padeciendo de largo.

2

Algunos metros más arriba Miróbriga rezumaba la falsa calma que anuncia la contienda sin haber sido capaz de desprenderse de ese olor del color de las genistas.

Mauricio siempre me habló en noches con desenlace tórrido de que más temprano que tarde, acabaría el azufre por tomar el relevo del aroma santificado de las piedras, del perfume a *libertad* que llegaba desde Argañán y más lejos. Fue ésta la manera que tuvo para anunciarme lo largamente esperado. Que aunque deseado tantas veces, nos colmaría de quebrantos y desgracias.

Así, una mañana gélida, marchó al encuentro del Charro para defender lo suyo, para que la sangre vetona que lo inundaba no se desparramara por el Águeda sin antes lancear con maneras carnalescas a cualquier francés que se le pusiera por delante. Gentuza salida de ese chiquero que llamaban Francia y que aquí, más que recibirlos, íbamos a despedirlos a *porta gayola* con una pintura de *larga cambiada*.

Marchó y más nunca le vi.

De haber habido un dios de guardia o algo de justicia, nuestra separación se cantarían como pura anécdota. Pero nació mujer y en estos tiempos que corren, parece que unos y otros –aquí no hay diferencia- más nos quieren lavando y pariendo que defendiendo lo nuestro.

Bien se emplearon los gabachos en cortar pescuezos a nuestros hombres y a destrozarnos la inocencia que portábamos en la entrepierna las niñas.

De esta forma, rota, herida y descalza, tomé la decisión de perder la piel antes que rendir Ciudad Rodrigo.



Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo

3

Poco más arriba -como vengo relatando- se sorteaban boletos que venían premiados de antemano. Franceses agazapados a la espera de una derrota cantada a coro y desconocedores de lo que tenían debajo de las alpargatas unos y botas hechas trizas otros. Las mismas botas que en mí, eran más necesidad que consuelo.

Se iba abriendo camino de a poco la arrogancia inglesa. Esa misma que en aparcería con esta España nuestra y tan lejana, transformaría en ducal la victoria venidera por obra y gracia de circunstancias más que discutibles, reprobables.

Todo fue y será pura mentira. Intenciones espurias en las que –como siempre- eran los dineros los que andaban al gobierno de la nave.

Sobraban los galos y Gran Bretaña estaba de más en este teatro de sangre. Quizá algún portugués tuviera un papel merecido, aunque fuere de reparto.

Entre tanto –y hago un paréntesis innecesario- el azufre y demás olores que me iban embotando el alma, se venían colando por las grietas de la galería como aquel ángel exterminador que subyugó a Egipto. Puerta con puerta del infierno seguí buscando en las entrañas de las piedras el palimpsesto que más que manuscrito era nuestra historia –escrita de nuevo- en pergaminos bañados en olvido y embrujo...

Para entonces la ermita donde se veneraba la memoria de San Sebastián había desaparecido. De igual forma que el Convento de San Francisco se convirtió en arrabal de penas y desgracias.

Un sudario plomizo cubría el cielo mirobrigense aquel diecinueve de enero.

Al poco sabría de estrategias británicas, de carreras en pelo francesas y de emboscadas heroicas del Charro. Que su lugarteniente fuera mi hombre, dio lugar a que aquellas proezas camperas pasaran a llamarse “Las Mauricias”.

Sin estas últimas, los ingleses no hubieran tomado ni siquiera el aire salmantino.



Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo

Pero quedaba mucho por andar en esta letanía de recovecos que más recordaban a Melero y su meandro que al camino que me conduciría al Paraíso de los Libros.

4

Anduve la penumbra que me rodeaba espantando ratas. Otras tantas y bañadas en mantequilla se parapetaban algunos metros más arriba esperando el embate de las tropas inglesas. Y mientras, seguían sembrando de indignidad y tormentos todo a lo que se arrimaban. Iniquidades parisinas, de Burdeos, marsellesas cercanas a montañas limpias... Todas asquerosas.

Por lo caminado entre humedades irrespirables cerca de los dominios de Mefistófeles, calculé que estaría a la altura o bajura de la Puerta del Conde. ¡Quién sabe los cien pasadizos y mil entradas que dibujaban cicatrices transversales en este misterio oscuro y pétreo!

Un grito me hizo detenerme como se detiene el tiempo ante bravuras previas a la cuaresma.

—¿Quién vive? —Dijo una voz poseedora de tanto volumen como rescoldo.

—Una que puede.

Al poco o nada me encontré frente a un fraile —flaco como el espíritu de un silbido- que más supuraba miedo que aguas, aunque de todo había.

—Es usted una mujer. —Exclamó.

—Veo que su perspicacia es más solvente que el hábito que porta —contesté.

—No pase su merced fatigas, que en no siendo franchute, con que me de unas pocas explicaciones no volverá a tener el placer verme.

—Necesito llegar a la Bóveda —continué.

—Podría explicarme qué quiere encontrar entre tanta letra.

—Exactamente eso. Desde hace algún tiempo el Águeda viene cantando que antes de parapetarse en Gallegos, Wellington se dejó caer por acá y que primero escribió y luego escondió un manuscrito en el Paraíso de los Libros.

—¿Y todo eso lo dice el río? —preguntó con no poca sorna el monje.



Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo

—Bastante perplejo está mirando lo que se nos viene encima pero ya conoce el dicho, “Cuando el río suena...” De modo que si no tiene inconveniente, le rogaría me mostrara el camino de la dichosa Bóveda a ver si somos capaces de dar con esas aguas.

—¿Cómo se llama usted Padre? —pregunté.

—Todo parece indicar que vamos a continuar juntos durante un tiempo, así que me gustaría saber a quién tengo que llamar dando alaridos si tengo la desgracia de caer en un pozo de ratas.

—Fray Bartolomé.

—¿De las Casas? —inquirí con socarronería irreverente y fuera de lugar.

—La única casa que conozco es la que tenemos poco más arriba. Pudiera parecerme, aunque no tan deforme, a ese otro que vivió escondido *paí* en Notre Dam y que *le decían* Cuasimodo.

La construcción sintáctica y la utilización de coloquialismos propios de la Comarca, inundaron su explicación de un innegable tufo a farinato.

—Si lo desea —prosiguió— un libro bien gordo cuenta su historia. Tal vez pueda mostrárselo. Como ve, hasta la biblioteca de la Bóveda está inundada de franceses.

—Le he preguntado su nombre completo. Déjese de circunloquios.

—Tiene usted toda la razón. Bartolomé Frutos. Nacido en la vecina Extremadura y enrazado con Salamanca por la parte de Casillas de Flores primero y por Ciudad Rodrigo al poco.

— No tiene usted remedio Padre.

Fray Bartolomé bajo los ojos y en silencio me condujo por entre mil piedras ciegas *como perro sin amo*.

5

Intercambiando frases inconexas y algún lugar común que otro, acabamos por llegar a la Biblioteca.

Me enfrenté a un semicírculo imponente que por paredes tenía cientos de hornacinas y anaqueles plagados de libros. No había espacio para candiles. Así,



Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo

la mínima e intermitente luz que mal iluminaba aquel ámbito soberbio, procedía de unos candelabros que lloraban tristeza y que bien anclados al piso estaban.

Incunables, tratados de filosofía, libros de historia escritos por los perdedores, resúmenes de botánica, de cirugía prohibida y compendios de todo tipo de manifestaciones artísticas, sujetaban las paredes como cimientos ciertos de cultura, sabiduría y esoterismo.

Una mesa de proporciones nunca vistas por mí, partía por la mitad este otro templo. En ella se amontonaban cuadernos y escritos de la más variopinta procedencia.

Fray Bartolomé me indicó que allí estuvo sentado el futuro duque y que si algo había dejado escrito en esa lengua suya, medio barda medio celta, no podría andar muy lejos.

No encontré nada.

A la fuerza tuve que aceptar que el manuscrito no era otra cosa sino una leyenda más de las que, desde tiempos remotos, aderezaban el saber popular mirobrigense.

Sí encontré un plano pequeño y mugriento por lo manoseado, donde se daba fe de la localización exacta de algunos cañones que no habían caído de momento en las zarpas francas. Artillería abandonada por las fuerzas napoleónicas intramuros de la ciudadela.

Me quedé, sin esfuerzo aparente, con la disposición de uno de ellos. Estaba situado en la casa palacio de los Chaves en un terrado que dominaba las tierras a levante de Ciudad Rodrigo.

6

Lo que encontré de regreso a la Luz era difícilmente descriptible.

El cura me hizo de escolta hasta que agarramos el aire por el pescuezo con la intención de no soltarlo.

Pedí a Frutos un último favor.

Si cualquier suceso –y la cosa era más que probable- se torcía y me ocurría algo intentando alcanzar la azotea de los Chaves, quería que el escribiera y contara lo visto para el común conocimiento de farinatos, ingleses y gabachos a la carrera.



Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo

Pero sobre todo, para consuelo de Mauricio si es que todavía seguía en este cochino mundo. Me lo juró por San Sebastián y allí nos despedimos sin más.

Lo vivido desde mi entrada a las galerías nacidas en el Alcázar lo fui escribiendo con la mejor letra posible. Con la caligrafía casi gótica que me enseñó mi hombre. Antes de desaparecer hice entrega al fraile de mi exiguuo y frágil testamento, sabiendo que también reposaría en el Paraíso de los Libros.

7

Liberada Miróbriga y selladas entradas y salidas de lo contado y conocido, me dispongo a esconder entre mil volúmenes el escrito –con alguna que otra adenda- que me entregó Lorenza.

Si el manuscrito perdido del duque no existió nunca, éste pasará a la historia como la quinta esencia de la fortaleza de una mujer que vivió sabiendo de su pronta muerte. Viaje último que emprendió defendiendo con uñas y dientes una Tierra que quisieron robarle.

Consiguió alcanzar el cañón y llevarse por delante a muchos que siquiera sabían la razón por la que seguían penando en estas partes.

Así son estas contiendas...

Sólo los muertos conocen el final de la guerra.

No soy ducho rememorando en resmas recuerdos. Será quizá por mi falta de destreza juntando palabras, que lo transcrito y cien veces revisado, no hace justicia al valor sordo de aquella mujer –aún niña- que se sintió leonesa y que sin la libertad de Ciudad Rodrigo, sabía que le había caído encima una vida que no merecía vivirse.

Acabada la munición del cañón chavesco y pertrechada con un sable de procedencia más que discutible, dedicó sus últimas horas a rebanar pescuezos franceses a diestro y siniestro. Agustina de Aragón y Lorenza de Miróbriga. Una misma cosa.

Murió el mismo día en el que se alumbraron luces encendidas por Ella y otros tantos.



Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo

Algunos hablaran de Michel Ney, de Masséna, de Pérez de Herrasti...

Yo recuerdo un manuscrito y el valor intrépido de una mujer que hizo de su vida el sacrificio máximo. Dios la tenga en el Cielo. A ser posible alejada de todo lo que huele a Francia...

Quizá algún día se reconozca el coraje –casi temerario- de una mujer que nació con malas cartas.

Quizá algún músico componga coplas para Ella.

Quizá algún poeta escriba unos pocos versos.

Quizá algún pintor plasme en un lienzo la inmortalidad de su alma.

Quizá algún día pongan su nombre a una calle hermanada y deudora de manuscritos que nunca existieron, Sueños largamente buscados.

Difícil se me hace entender estos días de catedrales, de Iglesias.

De entre todas, será la más cierta la de Ella.

La de Lorenza Iglesias...

Fray Bartolomé Frutos

Catedral de Santa María

Día de la Liberación

Invierno de 1812